

X

El capitán la Jonquiere

Había en la calle de Bourdonnais (según el lector recordará por las señas que dió Gastón á Elena) un bodegón que casi podía llamarse fonda; no faltaba en ella lo necesario para comer y habitar, pero lo que sobre todo se podía hacer allí era beber.

Cierto esbirro, llamado el *Agazapado*, había tenido una conferencia con Dubois, quien le dió orden de buscar al célebre capitán la Jonquiere: maese Agazapado transmitió está orden á Hulismeo, el cual la comunicó á los jefes del la brigada, y todos se pusieron al punto en busca del militar sospechoso, empezando por registrar activamente todos los garitos y casas de Paris de equívoca reputación. Por experiencia sabían que en esta especie de casas es donde más suelen encontrarse los conspiradores.

Todos, pues, repetimos, se habían puesto en movimiento en busca de la Jonquiere; pero bien fuese casualidad ó destreza, solo maese Agazapado, después de invertir dos horas en investigaciones, descubrió en la calle de Bourdonnais, y con el

título de *Los Toneles de Amor*, el famoso bodegón que ya hemos mencionado, y en el que habitaba ó parecía habitar aquel la Jonquiere, que era por el momento la pesadilla de Dubois.

El dueño del figón creyó que Agazapado era un viejo escribiente de procurador, y contestó con mucha afabilidad y precisión á sus preguntas. Por él supo el esbirro que efectivamente estaba allí el capitán la Jonquiere; pero que habiéndose retirado la noche anterior después de las doce, se hallaba todavía durmiendo: esto era tanto más natural cuanto que apenas eran las seis de la mañana.

Agazapado no deseaba saber más: era un hombre lógico, y casi algebraico, que procedía de deducción en deducción. Si el capitán la Jonquiere dormía, era prueba evidente que estaba acostado; estaba acostado, luego vivía en la posada.

Agazapado volvió en seguida al Palacio Real, y halló á Dubois que salía de ver al regente, radiante de alegría al distinguir su capelo en perspectiva. Y no había necesitado menos que esta feliz disposición de ánimo para no enviar con cajas destempladas á sus emisarios, que le habían ya puesto bajo los cerrojos del Fuerte del Obispo una multitud de falsos la Jonquiere.

El uno era un capitán de contrabandistas llamado la Jonciere, el cual había sido descubierto y preso por Hulismeo, y cuyo nombre era el que más conexión guardaba con el original.

Otro era un tal la Jonquille, sargento de guardias francesas. Como quiera que habían sido recomendadas á los espías las casas de mala fama, y se hubiese hallado á maese la Jonquille en una de ellas, fué víctima de un momento de debilidad por su parte, y de error por la de los emisarios del abate.

También había sido preso otro llamado la Jupiniere, lacayo de la casa de un grande. Desgraciadamente el portero de esta casa era tartamudo, y el esbirro, que tenía muy buenos deseos, había oído la Jonquiere en vez de la Jupiniere.

Por último, antes que se tuviera noticia del resultado de las investigaciones de la mitad de la brigada, había ya diez personas presas, y era probable que las prisiones continuaban, y que se pasaba revista á todas las analogías nominales. Desde que Dubois diera aquella orden, la analogía reinaba despóticamente en París.

Cuando Dubois, que á pesar de su buen humor juraba y maldecía por no perder la costumbre, oyó la relación de Agazapado, se frotó las narices hasta hacerse sangre: esta era buena señal.

— Entonces, dijo Dubois, ¿es el capitán la Jonquiere que tú has hallado?

— Sí, monseñor.

— ¿Se llama verdaderamente la Jonquiere?

— Sí, monseñor.

— L-a la, J-o-n Jon la Jon, q-u-i qui, e-r-e ere

la Jonquiere, dijo de nuevo Dubois deletreando las palabras.

— La Jon-qui-ere, repuso maese Agazapado.

— ¿Un capitán?

— Sí, monseñor.

— ¿Un verdadero capitán?

— He visto sus insignias.

Esta respuesta pareció suficiente á Dubois en cuanto al grado; pero faltaba la identidad.

— Bueno, dijo continuando sus preguntas, ¿y qué hace?

— Aguarda, se aburre y bebe.

— Ese debe ser, repuso Dubois: aguarda, se aburre y bebe.

— Y bebe, repitió Agazapado.

— ¿Y paga? preguntó Dubois, para quien era de mucho interés esta circunstancia.

— Y muy bien, monseñor.

— Perfectamente, Agazapado; eres hombre de talento.

— Monseñor, contestó Agazapado con modestia, es favor que me dispensáis, pues la cosa es sencilla; si no pagase no podría ser hombre peligroso.

Ya hemos indicado que maese Agazapado era muy lógico.

Dubois le dió diez luisas por vía de gratificación, y le comunicó nuevas órdenes: dijo á su secretario que si iban otros esbirros, les hiciese saber que no se necesitaban más la Jonquieres, se vistió con

presteza y se dirigió á pie á la calle de Bourdonnais.

Desde las seis de la mañana el director de caminos, Mr. de Argensón, había puesto á disposición de Dubois media docena de guardas disfrazados de soldados y con instrucciones. Algunos le seguían, otros le habían precedido.

Digamos ahora algo sobre el interior del figón donde vamos á introducir al lector.

Los Toneles de Amor era, como hemos dicho, semi-fonda, semi-taberna. En ella se bebía, se comía y se dormía. Las habitaciones estaban en el primer piso, y las salas de la taberna en el bajo.

La principal de estas salas, que era la general, estaba amueblada con cuatro mesas de encina, una multitud de banquillos, cortinas encarnadas y blancas, algunos bancos á lo largo de las paredes, vasos en un mostrador; estampas puestas en medias cañas doradas que representaban unas los diversos viajes del Judio Errante, y otras la sentencia y ejecución de Duchauffour; todo ennegrecido por el humo y exhalando un nauseabundo olor á tabaco. En esta sala estaba paseándose un hombre grueso, de rostro colorado, de unos treinta y cinco años de edad, y bullía una muchacha de unos doce á catorce, de semblante pálido.

Eran estos el dueño de la fonda de *Los Toneles de Amor* y su hija única, que debiendo heredar algún

día su casa y su comercio, se adiestraba en él bajo la dirección paterna.

Un marmitón componía en la cocina un guisado que despedía un fuerte olor á riñones de carnero con vino.

La sala estaba todavía desierta; pero en el momento en que el reloj daba la una, entró un soldado de guardias francesas, el cual deteniéndose junto á la puerta murmuró:

« Calle de Bourdonnais, figón de *Los Toneles de Amor*... en la sala general... una mesa á la izquierda... sentarse y esperar. »

Después, obedeciendo á esta consigna, el digno defensor de la patria fué á sentarse en el sitio indicado, silbando una canción de cuerpo de guardia, y atusándose el bigote con cierto aire de coquetismo militar muy cumplido.

No bien se había sentado, y cuando levantaba el puño para dar sobre la mesa; lo que en la lengua de todas las tabernas del mundo equivale á decir: ¡vino! otro soldado, vestido exactamente de la misma manera, se presentó en el umbral de la puerta, murmuró también algunas palabras, y después de haber titubeado un momento, fué á sentarse junto al primero.

Los dos soldados se miraron fijamente; después, cada uno por su lado dejó escapar esta exclamación: « ¡Ah! ¡ah! » la cual en todas partes y países indica la sorpresa.

- ¡ Eres tú, Merodeo! dijo el uno.
 — ¡ Eres tú, Escamote! dijo del otro.
 — ¿ Qué vienes á hacer á esta taberna?
 — ¿ Y tú?
 — No lo sé.
 — Ni yo tampoco.
 — ¿ Luego estás aquí?..
 — De orden superior.
 — ¡ Calla! lo mismo que yo, ni más ni menos.
 — ¿ Y tú esperas?...
 — A un hombre que debe venir.
 — Y decirme una palabra convenida.
 — ¿ Y luego?...
 — Obedecer á ese hombre como si fuese al mismo
 maese Agazapado.
 — Eso es; y mientras espero me han dado un
 doblón para beber.
 — Á mí también me han dado otro doblón; pero
 no me han dicho qué fuese para beber.
 — Y en la duda....
 — En la duda, como dice un sabio, no me absten-
 tengo.
 — Entonces bebamos.

Y la mano que se había levantado sobre aquella mesa, cayó esta vez para llamar al tabernero: pero era inútil, porque el huésped, que había visto entrar á los dos parroquianos, y que por su uniforme conoció eran aficionados, permanecía de pie con las piernas unidas, la mano izquierda en el

bolsillo de los calzones, y la derecha en el gorro de algodón.

No había hombre más divertido que el dueño de *Los Toneles de Amor*.

— ¡ Vino! gritaron á un tiempo Escamote y Merodeo.

— De Orleáns, añadió el primero, que parecía más inteligente en vino; me gusta más porque rasca la garganta.

— Señores, dijo el huésped con horrible sonrisa, no es cierto que mi vino rasque; pero sí lo es que tiene muy buen gusto.

Y trajo una botella destapada.

Los dos soldados llenaron sus vasos y bebieron. Después los dejaron sobre la mesa, haciendo cada uno un gesto diferente, pero que demostraba que habían recibido la misma impresión.

— ¿ Cómo diablos has dicho que tu vino no rasca? Desuella.

— ¡ Ah! ¡ es un valiente vino, señores! repuso el huésped.

— Si, replicó Escamote, no le falta más que el estragón.

El tabernero se sonrió como hombre inteligente en materia de chanzas.

— ¿ Queréis otra botella? preguntó.

— Si la queremos se os pedirá.

El huésped se inclinó y comprendió la invitación,

dejando á los dos soldados que hablasen de sus negocios.

— Pero, dijo Merodeo á Escamote, tú sabes que hay algo más que lo que me has dicho; ¿no es verdad?

— Sí, sé que se trata de cierto capitán, contestó Escamote.

— Eso es; más para prender á ese capitán presumo que nos prestarán auxilio.

— Sin duda; dos contra uno no es suficiente.

— Te olvidas del hombre de la consigna: ese es el auxiliar.

— Me parece que oigo ruido.

— En efecto, alguien baja la escalera.

— ¡Chist!

— ¡Silencio!

Y los fingidos soldados, más esclavos de su consigna que si hubieran sido verdaderos militares, llenaron los vasos y hubieron, volviendo con disimulo la vista hacia la escalera.

No se habían engañado nuestros dos observadores. En efecto, los peldaños de una escalera que daba al piso principal, de la cual hemos olvidado hacer mención, crujían bajo un peso bastante respetable, y los huéspedes interinos de la sala general pudieron ver primero unas piernas, después un cuerpo y luego una cabeza que se acercaban. Las piernas estaban calzadas con finas medias de seda, los mus-

los iban cubiertos con un calzón de casimir blanco; el cuerpo se hallaba vestido con una casaca azul, y la cabeza ostentaba un sombrero de tres picos, inclinado con gracia sobre la oreja. Un hombre menos experto que los soldados de guardias hubiera debido ver en el total un capitán, porque sus charreteras y su espada no dejaban duda alguna acerca del grado.

Este capitán, que no era otro que la Jonquiere, era un hombre de cinco pies y dos pulgadas, bastante grueso, de rostro animado, de ojos que expresaban una sagacidad maravillosa. Hubiérase dicho que conocía á los espías bajo su disfraz de soldados de guardias, porque los volvió la espalda apenas entró, y después dió un giro particular á su conversación con el huésped.

— Voy á salir, dijo: de buena gana comería aquí, porque ese olor á riñones me excita; pero estoy convidado con unos amigos en el figón de Pafos. Puede que venga un joven compatriota á preguntar por mí; tengo que entregarle cien doblones, pero no puedo esperar más tiempo; si viene, que expre e cómo se llama, y le diréis que tenga la bondad de esperarme, que dentro de una hora estoy de vuelta.

— Está bien, capitán, dijo el posadero.

— ¡Eh! ¡vino! gritaron los soldados.

— ¡Ah! ¡ah! murmuró el capitán dirigiendo una mirada al parecer indiferente á los bebedores;

poco respeto tienen esos soldados á las charreteras.

Después, volviéndose al huésped, le dijo:

— Servid á esos señores; ya veis que están de prisa.

— ¡ Ah! dijo Merodeo levantándose, si lo permitís.....

— Ya se ve que lo permito, contestó la Jonquiere, procurando sonreirse, y reprimiendo los deseos que tenía de zurrar á los dos blanquillos, cuyo aspecto le desagradaba. Después se dirigió á la puerta.

— Pero, capitán, dijo el huésped deteniéndole, no me habéis dicho cómo se llama el caballero que debe venir á buscaros.

La Jonquiere vaciló: un movimiento bastante militar de Escamote, que se volvió cruzando una pierna sobre otra y atusándose el bigote, le inspiró alguna confianza; al mismo tiempo Merodeo hizo saltar con las puntas de los dedos el tapón de la botella, imitando con la boca el ruido que hace en estos casos una botella de vino de Champaña. La Jonquiere se tranquilizó completamente.

— El caballero Gastón de Chanlay, dijo, respondiendo á la pregunta del huésped.

— Gastón de Chanlay, repitió éste. ¡ Diablo! esperad; nada tendría de extraño que se me olvidase. Gastón... Gascón... bueno, me acordaré de

de Gascón... Chanlay... bien, me acordaré de chancillería.

— Eso es, dijo gravemente la Jonquiere: Gascón Chancillería. No sería malo que abrieseis un curso de mnemónica, querido; y si todas vuestras reglas son tan seguras, no dudo que haríais fortuna.

El huésped se sonrió, y el capitán la Jonquiere salió después de haber mirado á uno y otro lado de la calle, como para examinar qué tiempo hacia, pero en realidad para ver si las esquinas y los portales ocultaban gente sospechosa.

Apenas había andado cien pasos en la calle de San Honorato, hacia la cual se dirigía, cuando Dubois se presentó á la puerta de la taberna de *Los Toneles de Amor*. Pasó por el lado del capitán la Jonquiere; pero como nunca había visto á tan importante personaje, no pudo conocerle.

Presentóse con atrevida desenvoltura en el umbral de la puerta, teniendo en la mano su raído sombrero; llevaba además una casaca de paño gris, calzón pardo y medias de lana; traje completo de un mercader de provincia.